

L. Marcelo Martino,
“Miradas clásicas ...”
Praesentia 14 (2013), p. 1 de 20

Miradas clásicas y románticas en el Río de la Plata¹

(Classicals and romantics looks in the Río de la Plata)

Luis Marcelo Martino (Universidad Nacional de Tucumán- Conicet
Tucumán)
luis.marcelo.martino@gmail.com

Recibido: 17/08/2013
Evaluado: 22/08/2013
Aceptado: 23/08/2013

Resumen

En la primera mitad del siglo XIX, un grupo de intelectuales argentinos debate sobre la conformación cultural de la incipiente nación. La disputa entre clásicos y románticos ocupa un papel relevante en este debate. En la discusión se mezclan intereses políticos, además de estéticos. En ese escenario, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Florencio Varela, entre otros, forjan identidades propias y ajenas, atravesadas por significados ambiguos, que obligan a pensar las fronteras como espacios flexibles. Esas miradas (re)configuradoras sobre los otros y sobre sí mismos constituyen el objeto de nuestro trabajo.

Palabras clave: Clasicismo, Romanticismo, “generación del 37”, Periodismo, Literatura argentina.

Abstract

In the first half of the 19th Century a group of intellectuals discuss about the cultural conformation of the incipient nation. The dispute between Classicists and Romantics plays

¹ El presente trabajo es una reelaboración de la ponencia presentada en la Journée d’Etudes *Regards croisés par delà les frontières: échanges, migrations et perceptions identitaires (mondes ibériques XVIII-XIXe siècles)*, organizada por el Département de Etudes Hispaniques et Hispano-Américaines de la Université de Toulouse II – Le Mirail (Toulouse, 22 de febrero de 2013).

a key role in this debate. Political and aesthetic interest combine in the discussion. In this scene Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi and Florencio Varela, among others, shape complex identities with ambiguous meanings. This situation leads to a conception of the frontiers as flexible spaces. The purpose of our work is to analyze these re-configurating looks.

Key words: Classicism – Romanticism – “Generation of ‘37” – Journalism – Argentine literature

Cartas entre un clásico y un romántico

La historiografía literaria argentina ha acuñado la expresión “generación del 37”² para caracterizar a aquellos intelectuales nacidos alrededor de 1810, que comenzaron sus actividades públicas aproximadamente en 1837. En junio de ese año, el librero de Buenos Aires Marcos Sastre convoca al llamado “Salón Literario”, espacio abierto a la lectura, discusión y difusión de textos e ideas filosóficas, literarias, políticas. La procedencia y filiación de los intelectuales que concurren y participan de esta efímera experiencia (concluye hacia principios de 1838) es heterogénea. Escritores mayores y ya consagrados como Vicente López y Planes, autor de la letra del “Himno Nacional” argentino, conviven aquí con jóvenes que no cuentan todavía 30 años de edad, protagonistas principales del Salón, comprometidos de una u otra manera con las ideas románticas europeas: Juan Bautista Alberdi, José y Luis L. Domínguez, Juan María Gutiérrez y Juan Thompson, entre otros. Estos jóvenes son los que meses después se reunirán en la logia conocida como la “Asociación de Mayo o de la Joven Generación Argentina”, de orientación ideológica y política más homogénea. Es explícita su postura de oposición al régimen de Juan Manuel de Rosas, que gobernaba Buenos Aires con la suma del poder público. Son también estos jóvenes los que marcharán al exilio a los países vecinos, perseguidos por sus ideas y acciones.

² Cfr. W. Katra, *La generación de 1837. Los hombres que hicieron el país*, Buenos Aires, Emecé, 2000, pp. 9-10, 53-57; M. R. Lojo, “Alberdi el paradójico”, R. J. de Titto (comp.), *El pensamiento de Juan Bautista Alberdi*, Buenos Aires, El Ateneo, 2009, pp. 9-22; F. Weinberg, *El Salón Literario de 1837. Con escritos de M. Sastre – J. B. Alberdi – J. M. Gutiérrez – E. Echeverría*, Buenos Aires, Hachette, 1977, pp. 40-41.

En Montevideo, uno de los destinos de los proscriptos, compartirán su aversión a Rosas, aunque no armónicamente, con una comunidad de argentinos, exiliados como ellos, aunque en otro momento histórico. Se trata de los antiguos miembros del llamado partido unitario,³ que arribaron a las costas uruguayas alrededor de 1828-29 huyendo también de la persecución de Rosas. Su credo estético está imbuido de los postulados del neoclasicismo francés.

Los hermanos Juan Cruz y Florencio Varela son los intelectuales más conspicuos del grupo unitario en Montevideo. El 15 de marzo de 1834, Florencio escribe a su amigo Juan María Gutiérrez –considerado el introductor de la crítica literaria en la tradición argentina–, que por entonces se hallaba todavía en Buenos Aires, una carta de singular importancia. La edad de ambos amigos difiere sólo en dos años (Varela nace en 1807 y Gutiérrez en 1809), pero sus posturas son muy divergentes.

En la epístola mencionada –que Alberto Palcos caracteriza como el primer encuentro, entre bastidores, de “la lid de clásicos y románticos” en el Río de la Plata–,⁴ Varela le comunica a Gutiérrez sus impresiones sobre la lectura del drama de Víctor Hugo, *María Tudor*:

He leído antes de ayer el celebrado *drama* de Víctor Hugo, titulado *María Tudor*, una de sus últimas producciones de este género. Su lectura y sobre todo la del corto prólogo que está al frente del drama han acabado de afligirme por el extravío que han sufrido en los últimos tiempos las buenas ideas y los principios del buen gusto. Amigo mío, el romanticismo es una enfermedad que aflige hoy a la literatura francesa, italiana, etc. (...).⁵

Dicho prólogo, prosigue Varela, contiene

Ideas todas falsas, inexactas, exageradas, extravagantes, incapaces de convencer y aún de alucinar; una confusión incomprensible, unos preceptos, que seguidos,

³ Sobre los partidos unitario y federal, cfr. J. L. Romero, *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1971, p. 25 y M. Ternavasio, *Historia de la Argentina, 1806-1852*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2009, pp. 152-154.

⁴ A. Palcos, *Historia de Echeverría*, Buenos Aires, Emecé, 1960, pp. 39-40.

⁵ R. J. Moglia, M. O. García (eds.), *Archivo del doctor Juan María Gutiérrez. Epistolario*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1979, p. 171 (t. 1).

conducen al más desastroso naufragio del buen gusto, una ostentación ridícula de lo que no hay ni ha habido ni puede haber.⁶

Este torrente que arrasa a la literatura europea contemporánea es asimilado a las sectas religiosas “que arrastran prosélitos en quienes engendran un fanatismo intolerante”.⁷ Las analogías y rasgos a los que echa mano Varela para caracterizar a la literatura romántica –la enfermedad, el fanatismo ciego, la inverosimilitud, la exageración y la extravagancia, el atentado contra el buen gusto– no son para nada originales. Se inscriben directamente en una tradición de crítica cultural del romanticismo, que no sólo se ocupa de los dramas, versos y novelas de sus escritores, sino que también satiriza la moda romántica en el vestir y las actitudes, conductas y modales que adoptan sus seguidores. La literatura española ha producido muchos textos en esta línea, entre los cuales podemos mencionar el artículo de Ramón de Mesonero Romanos, “El romanticismo y los románticos” y algunas obras de teatro de Manuel Bretón de los Herreros (*Muérete y verás*).⁸

Tras exponer los males del romanticismo, Varela adopta un tono persuasivo:

Esto es una desgracia, Juan M^a. Por Dios, no se contagie Ud. (...) Manténgase V. firme: los clásicos encierran siempre la luz como el pedernal en su seno; la de los románticos es la del fósforo.⁹

Al símil de la enfermedad contagiosa, de la peste, que ya había empleado antes, Varela añade ahora un nuevo rasgo: el carácter pasajero, efímero, propio de la moda. La comparación, en tono didáctico, que acompaña al consejo pretende reforzar la eficacia de éste. Por otra parte, afirma la contraposición entre lo clásico como perdurable y sólido y lo romántico como efímero y volátil. En este intento de persuasión, que incluye también el encargo de que aparte de la senda del romanticismo a un amigo común, el poeta Juan Thompson –“que busque lo sólido más bien que lo brillante”–,¹⁰ Varela declara también su posición de clásico convencido.

⁶ R. J. Moglia, M. O. García (eds.), *Op. cit.*, p. 171.

⁷ R. J. Moglia, M. O. García (eds.), *Op. cit.*, p. 172.

⁸ Cfr. M. A. Castro, “Sátira contra los excesos del Romanticismo: Histrionismo, suicidio y fatalidad en Bretón de los Herreros, Mesonero Romanos y Leonardo Alenza”, *Hispania* 91, 4 (2008), pp. 785-793.

⁹ R. J. Moglia, M. O. García (eds.), *Op. cit.*, p. 172.

¹⁰ R. J. Moglia, M. O. García (eds.), *Op. cit.*, p. 172.

El intercambio epistolar continúa. Lamentablemente, la respuesta de Gutiérrez a esta carta no se conserva, aunque podemos reconstruirla parcialmente en base a una epístola de Varela, fechada el 28 de mayo de 1834. Allí nos enteramos que Gutiérrez habría respondido a su amigo el 23 de marzo, y que en dicha ocasión habría elogiado las “bellezas poéticas” del drama de Hugo *Hernani*, recomendándole su lectura. Por otra parte, habría afirmado que el “sistema poético” de la poesía clásica francesa es imperfecto¹¹ y que la revolución clasicista ya habría pasado.¹² Las palabras de Varela, evidentemente, no habían hecho mella en las convicciones estéticas de Gutiérrez, quien se ubica decididamente del lado romántico y arroja a su vez dardos al partido clásico.

Varela se ve entonces obligado a redoblar sus esfuerzos. Si el arte dramático, sostiene, quiere reunir todas las situaciones, caracteres, pasiones, etc. de la vida, no debería reunirse todo “en una sola pieza como hacen los Sres. románticos, sino que se haga una tragedia o una comedia para cada situación como lo han hecho los clásicos”.¹³ Manifiesta, además, su desacuerdo con las afirmaciones de Gutiérrez sobre el clasicismo:

(...) pienso también que no sólo no está consumada esa revolución tan irrevocablemente como V. dice sino que pronto ha de pasar esa fiebre contagiosa que ha enflaquecido y debilitado los robustos genios de la patria de Voltaire.¹⁴

En este nuevo ataque Varela se vale de la misma munición de su primera carta, al afirmar que los dramas románticos son confusos, inverosímiles, extravagantes, y al comparar al romanticismo con una enfermedad, una “fiebre contagiosa” pero pasajera.

“No somos ni queremos ser románticos”

Algunos años después de la amistosa escaramuza epistolar, un grupo de intelectuales jóvenes, entre los que se cuenta Gutiérrez, emprende la publicación de *La Moda. Gacetín semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres*. El semanario de vida breve –

¹¹ R. J. Moglia, M. O. García (eds.), *Op. cit.*, p. 174.

¹² R. J. Moglia, M. O. García (eds.), *Op. cit.*, p. 175.

¹³ R. J. Moglia, M. O. García (eds.), *Op. cit.*, p. 174.

¹⁴ R. J. Moglia, M. O. García (eds.), *Op. cit.*, p. 175.

se publica entre el 18 de noviembre de 1837 y el 21 de abril de 1838— apela a la estrategia de la frivolidad para adoctrinar a sus lectores sobre cuestiones filosóficas, literarias, jurídicas y políticas. En un artículo en respuesta a una crítica anónima, Juan Bautista Alberdi —activo integrante del Salón Literario y de la Asociación de Mayo— realiza una proclama, que bien podría valer como manifiesto estético del grupo, junto con otros textos publicados en éste y otros periódicos:

no somos ni queremos ser *románticos*. (...) porque el *romantismo* de origen feudal, de instinto insocial, de sentido absurdo, lunático, misántropo, excéntrico, acogido eternamente por los hombres del ministerio, rechazado por los de la oposición (...) por ningún título es acreedor a las simpatías de los que quieren un arte verdadero y no de partido, un arte que prefiere el fondo a la forma, que es racional sin ser *clásico*, libre sin ser *romántico*, filosófico, moralista, progresivo, que expresa el sentimiento público y no el capricho individual, que habla de la patria, de la humanidad, de la igualdad, del progreso de la libertad, de las glorias, de las victorias, de las pasiones, de los deseos, de las esperanzas nacionales, y no de la perla, de la lágrima, del Ángel, de la luna, de la tumba, del puñal, del veneno, del crimen, de la muerte, del infierno, del demonio, de la bruja, del duende, de la lechuza, ni de toda esa cáfila de zarandajas cuyo ridículo vocabulario constituye la estética romántica.¹⁵

Este posicionamiento anti-romántico puede causar sorpresa. Recordemos la defensa del romanticismo articulada por Gutiérrez en su respuesta a Florencio Varela. El mismo Alberdi habría reconocido —si bien más de 30 años después, a mediados de la década de 1870— la influencia que ejerció sobre él este movimiento. En su autobiografía titulada *Mi vida privada que se pasa toda en la República Argentina* afirma que

Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lerminier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro

¹⁵ “Al anónimo del Diario de la tarde”, *La Moda* n° 8, 6 de enero de 1838, p.3-4. Las citas de *La Moda* fueron tomadas de *La Moda, Gaceta Semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres*, reimpresión facsimilar, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia - Kraft, 1938. Hemos optado por modernizar la grafía de todas las citas de las publicaciones analizadas.

Dumas, de Lamartine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó el romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica.¹⁶

Del mismo modo, Alberdi reconoce en su biografía de Juan María Gutiérrez, escrita alrededor del año 1898, la importancia que para éste tuvo Esteban Echeverría:

Fue, en efecto, Echeverría el que inició a Gutiérrez en las novedades del movimiento literario e intelectual, conocido en Europa bajo los nombres de romanticismo, eclecticismo, espiritualismo. Él familiarizó a sus amigos con los nombres y las obras de Victor Hugo, de Dumas, de Alfredo de Musset, de Byron, de Goethe, de Schiller, etcétera.¹⁷

Un análisis detallado de la declaración de Alberdi en *La Moda*, a la luz de las ideas expresadas en otras páginas del gacetín, revela que en realidad éste postula aquí, por una parte, un distanciamiento de los tópicos propios de la faceta gótica, egocéntrica y sentimental del romanticismo; por la otra, una aproximación a su costado más social, sintetizado en lo que ellos denominan “arte socialista” o “democrático”, cuyos axiomas son la creencia en “la sociabilidad y moralidad del arte”¹⁸ y en su “estrechísima intimidad armónica con el fin de la sociedad,” es decir, con “el progreso, el desarrollo, la emancipación continua de la sociedad y de la humanidad”.¹⁹

Este rechazo de la estética romántica por parte de los intelectuales de *La Moda* no implica un acercamiento al clasicismo. Como vimos en la declaración ya citada, abogan por “un arte racional si ser *clásico*” y, en otro momento, definen al clasicismo como

un sistema de creación imitativa, modelada sobre las creaciones acabadas y perfectas que se llaman clásicas. Se deja ver que un tal sistema niega y destruye el progreso continuo del genio poético, porque se subordina al imperio absoluto de la tradición.²⁰

¹⁶ J. B. Alberdi, *Palabras de un ausente y otros escritos íntimos*, Buenos Aires, Emecé, 2010, p. 182.

¹⁷ J. B. Alberdi, “Juan María Gutiérrez”, J. B. Alberdi, *Escritos Póstumos. 1898. Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas de Sudamérica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, p. 59 (t. VI).

¹⁸ “Predicar en desiertos”, *La Moda* N° 17, 10 de marzo de 1838, p. 3.

¹⁹ “Predicar en desiertos”, p. 4.

²⁰ “Álbum alfabético”, *La Moda* N° 20, 31 de marzo de 1838, p. 8.

Los postulados de esta estética, por lo tanto, distan mucho de sus creencias. Por otra parte, la reivindicación de la libertad del genio con respecto a las reglas y a la tradición y el rechazo de toda imitación no pueden ser sino gestos románticos en el sentido tradicional del término, más allá de las declaraciones que hagan en contra los colaboradores de *La Moda*.

Las protestas contra la sujeción a modelos clásicos y a favor de la libertad creadora remite directamente a la *Querelle des Anciens et des Modernes* europea de los siglos XVII y XVIII, entre los defensores de la imitación de los clásicos grecolatinos y sus detractores.²¹ Esta querrela se actualiza precisamente en las páginas de *La Moda*. En el artículo “Instituciones oratorias dirigidas a la juventud”,²² Alberdi –bajo el pseudónimo de “Figarillo”– parodia el género del manual de retórica, con un tono marcadamente irónico. Mediante la apelación a procedimientos de caricaturización y de ridiculización, brinda una serie de reglas de oratoria y plantea una oposición irreconciliable entre las costumbres oratorias de las generaciones mayores, los “antiguos”, tomadas de los griegos y romanos y transmitidas a través de España, y las de los “modernos”:

Cuando (...) nuestros antecesores disputan, contienden o riñen, son enteros a los griegos y a los romanos: la misma movilidad de acción, la misma gesticulación centelleante, la misma melodía de prosodia. Los modernos quieren decir que esto es afectación, que es pantomima, mímica pura, ridiculez. Es porque no conocen lo pasado: es por envidia también, y esto es lo más cierto. Nuestros antiguos lo saben bien, y por eso no hacen caso y siguen manoteando, y muleteando a la griega.²³

El binomio antiguos / modernos, por lo tanto, tal como se plantea en este texto, hace referencia a la contraposición entre una concepción conservadora, de raíz hispánica, y otra superadora de una tradición a la que considera retrógrada, anacrónica y vana. El objeto de crítica lo constituye la continuación y perpetuación acrítica e intransigente del legado clásico, íntimamente vinculada a un componente histórico-político: el pasado colonial.

²¹ G. Highet, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, pp. 411-449 (t. 1).

²² Publicado en *La Moda* N° 19, 24 de marzo de 1838, p. 2-5. Cfr. L. M. Martino, “La *Querelle des Anciens et des Modernes* en el Río de la Plata”, *Praesentia. Revista Venezolana de Estudios Clásicos* 12 (2011), disponible en <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/praesentia/article/view/3408.html>.

²³ “Instituciones oratorias dirigidas a la juventud”, p. 3.

“No somos clásicos ni románticos” pero sin embargo...

El 4 de febrero de 1840 aparece en Montevideo el primer número de *El Correo*, cuyos redactores son los hermanos José y Luis L. Domínguez –exiliados argentinos que habían integrado el Salón Literario de Sastre– y Bernabé Guerrero Torres. Al poco tiempo, el 15 de abril del mismo año, y con 56 números publicados, el diario se despide de sus lectores.²⁴ No obstante su efímera existencia, consigue agitar las aguas de la prensa contemporánea con la reproducción de un artículo de Ramón de Mesonero Romanos, “El romanticismo y los románticos”, que se publica por entregas los días 27, 28, 29 de febrero y 4 de marzo de 1840.²⁵

El artículo –aparecido originariamente en el *Semanario Pintoresco Español* el 10 de setiembre de 1837²⁶ y recopilado posteriormente en sus libros *Panorama Matritense* y *Escenas Matritenses*–²⁷ critica los excesos, exageraciones y extravagancias del romanticismo como moda cultural y literaria.²⁸ En su texto, Mesonero Romanos parte de la comprobación de que la palabra *romanticismo*, no obstante la dificultad para definirla con precisión, se ha extendido ampliamente por toda Europa, llegando a generar una “romanticomanía”, una suerte de enfermedad contagiosa y de moda delirante y ridícula.²⁹ En torno a la figura de un supuesto sobrino, el narrador construye un relato pleno de detalles del proceso de *romantización* –y *desromantización*– de dicho personaje en todos sus aspectos: vestimenta, ideas, carácter, estudios, escritura.

²⁴ A. Zinny, *Historia de la prensa periódica de la República Oriental del Uruguay 1807-1852*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1883, p. 43.

²⁵ *El Correo* N° 21, 27 de febrero de 1840, p. 3, cols. 1-2; N° 22, 28 de febrero de 1840, p. 3, cols. 1-3; N° 23, 29 de febrero de 1840, p. 2, cols. 2-3 y p. 3, cols. 1-3; N° 24, 4 de marzo de 1840, p. 3, cols. 2-3 y p. 4, col. 1. El artículo es reproducido posteriormente por el *Diario de la Tarde, comercial, político y literario* de Buenos Aires, acompañado de la firma “El Curioso Parlante”, pseudónimo de Mesonero Romanos (N° 3114, 20 de diciembre de 1841, pp. 1-2).

²⁶ *Semanario Pintoresco Español, Primera Serie*, Tomo II, pp. 281-285.

²⁷ *Panorama Matritense. Cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por El Curioso Parlante*, Tomo tercero, 1838, pp. 112-132; *Escenas Matritenses, por El Curioso Parlante. Segunda Série. (1836 á 1842)*, 1862, pp. 115-133.

²⁸ E. Rubio Cremades, *Periodismo y literatura: Ramón de Mesonero Romanos y El Semanario Pintoresco Español*, Diputació d’Alacant, Institut de Cultura Juan Gil-Albert, Generalitat Valenciana, Conselleria d’Educació i Ciència, 1995, p. 99; M. A. Castro, *Op. cit.*, pp. 789-790; R. Navas Ruiz, *El Romanticismo español*, Madrid, Cátedra, 1990, pp. 187-188, 202.

²⁹ “El romanticismo...”, 27 de febrero de 1840, p. 3, col. 2.

La reproducción de este artículo por parte del diario *El Correo* suscita una polémica con *El Corsario. Periódico semanal, compilador; universal*.³⁰ El redactor de este semanario, que emerge en la prensa montevideana el 1º de marzo de 1840 y subsiste hasta el 5 de abril de ese año,³¹ es Juan Bautista Alberdi, quien se encuentra exiliado en Montevideo desde noviembre de 1838. La publicación se propone “acelerar la vida de la inteligencia”, destacando la importancia de “la literatura, las artes, las costumbres”³² en épocas de crisis y guerra civil.³³ Se consagrará principalmente, según advierte su redactor, a reproducir y sintetizar artículos de otras publicaciones europeas y latinoamericanas, así como también novelas por entregas (de Eugène Scribe, Victor Hugo, George Sand), con el propósito de captar la atención del “pueblo” y constituirse en representante de sus gustos.³⁴

A lo largo del acalorado debate, que se extiende hasta fines de marzo y consta de varios textos de una y otra parte, se discuten las posiciones clasicistas y románticas.³⁵ En la primera intervención de *El Corsario*, Alberdi define claramente el credo estético de la publicación: “no tenemos el honor de ser románticos”,³⁶ en una declaración que remite a las palabras ya citadas de *La Moda*. Para ellos, el romanticismo es una tendencia ya agotada, si bien todavía dominante en el campo intelectual del momento, que cederá su lugar por un movimiento natural de evolución a una nueva corriente, cuyo nombre no menciona.³⁷

³⁰ Sobre *El Corsario* cfr. A. Zinny, *Op. cit.*, p. 44; M. A. Pelliza, *Alberdi. Su vida y sus escritos*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1874, p. 137; J. M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, tomo I, Buenos Aires, Biblioteca de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, 1973, p. 302 (t. 1).

³¹ M. A. Pelliza, *Op. cit.*, p. 139.

³² “Prospecto”. *El Corsario*, 1º de marzo de 1840, p. 2.

³³ Desde 1839 tiene lugar en Montevideo la llamada “Guerra Grande”, una lucha civil que dura aproximadamente nueve años (se extiende hasta 1851) entre el presidente del Estado Oriental Fructuoso Rivera y su sucesor Joaquín Suárez, por un lado, y Manuel Oribe, anterior presidente de la República, derrocado por aquel en 1838, por el otro. En la contienda intervienen también el gobernante de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas (alineado con Oribe), los emigrados argentinos en el exilio (aliados de Rivera en un primer momento) y las potencias francesas e inglesa (M. Schurmann Pacheco, M. L. Coolighan Sanguinetti, *Historia del Uruguay. La República. Desde 1829 hasta los albores del siglo XXI. Integración, Hidrovía y Mercosur*, Montevideo, Ediciones Monteverde, 1996, pp. 65-81; B. Nahum, *Manual de historia uruguaya 1830-1903*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1993, pp. 84-100).

³⁴ “Prospecto”, p. 2.

³⁵ Para un análisis más exhaustivo de esta polémica cfr. L. M. Martino, ¿“Guerra de los diarios” o “rencillas de escuela”? *Crónica de una polémica en la prensa uruguaya de 1840*, Cuadernos Artesanos de Latina 31, La Laguna, Tenerife, Sociedad Latina de Comunicación Social de la Universidad de La Laguna, 2012.

³⁶ Artículo sin título, *El Corsario*, 15 de marzo de 1840, p. 79.

³⁷ Artículo sin título, *El Corsario*, 15 de marzo de 1840, p. 80.

Al mismo tiempo, Alberdi acusa a *El Correo* de adherir al clasicismo con su gesto de reproducir el artículo de Mesonero. Dicha adhesión resulta evidente, según afirma Alberdi, sobre todo por el hecho de que los redactores de *El Correo* no acompañaron dicho artículo de una nota donde declararan explícitamente su repudio de esta escuela:

Por eso hubiese sido bueno que nuestro amigo el *Correo*, al reproducir el artículo del *Panorama matritense*, hubiese declarado que su desdén por el romanticismo no significaba su amor por el clasicismo (...).³⁸

La descalificación del clasicismo por parte de *El Corsario* se fundamenta no sólo en los consabidos cargos de imitación, rutina y atraso, sino también en el hecho de que en América existe una pobre versión de esta corriente:

Nada más estéril, más pedantesco y más digno de lástima que las pretensiones de clasicismo, entre nosotros, pobres escueleros que no tenemos nada que nos distinga sino los pocos golpes instintivos y casuales que se escapan a nuestra inteligencia todavía en mantillas, con más pasión que reflexión.³⁹

El Correo se defiende de esta acusación y declara su neutralidad:

Y sea dicho con franqueza: no somos clásicos ni románticos. Reconocemos sí como una necesidad absoluta y la recomendamos como tal a nuestros jóvenes poetas y literatos, que las dos escuelas, la antigua y la moderna, la clásica y la romántica, deben ser conocidas y estudiadas con criterio y detención, sin dejarse alucinar por ecos entusiastas que sólo se elevan a cierta altura, pero que quedan postrados ante la razón y la conveniencia literaria.⁴⁰

No obstante, más allá de las declaraciones de distanciamiento y neutralidad, de manera más o menos explícita o comprometida, los agentes intervinientes en la polémica adoptan una actitud de defensa del romanticismo. Por otra parte, mientras *El Corsario* manifiesta categóricamente su rechazo hacia el clasicismo, *El Correo*, como vimos, se inclina hacia una posición más tibia y ecléctica.

³⁸ Artículo sin título, *El Corsario*, 15 de marzo de 1840, p. 82.

³⁹ Artículo sin título, *El Corsario*, 15 de marzo de 1840, pp. 80-81.

⁴⁰ “Un abordaje”, *El Correo* N° 35, 20 de marzo de 1840, p. 3, col. 2.

Jóvenes, locos y románticos

Los proyectos periodísticos de los jóvenes de entonces tienen la virtud de provocar revuelo y reacciones adversas. El coronel Tomás de Iriarte, militar que intervino en la guerra de independencia argentina y en las campañas de oposición a Rosas, redacta en 1849 sus *Memorias*, donde registra sus impresiones sobre los sucesos de la época. Allí deja asentado su disgusto por la aparición de *El Porvenir*, periódico publicado en Montevideo entre el 2 y el 31 de enero de 1840 que cuenta entre sus redactores a los argentinos Alberdi y Miguel Cané, entre otros.⁴¹

Pertenece a los jóvenes redactores a la *nueva generación*, son de la escuela romántica, ¡y se proponen nada menos que regenerar la sociedad! Preciso es no tener sesos. ¿Quién les ha dado tal misión? Dicen que los viejos son unos ignorantes, que la gente nueva sabe más; con otras mil sandeces de este jaez.⁴²

Y los cargos continúan: inexperiencia, “estilo pedantesco y enfático”, altanería, ignorancia, incapacidad, inmadurez, ambición.⁴³ A los colaboradores de *El Corsario*, por su parte, les aplica epítetos semejantes:

sus redactores pertenecen a la escuela humanitaria: bien pudieran ir a la escuela a aprender a escribir. (...) ¡Pobres mozos! estudien asiduamente, sean moderados, destierren la pedantería y originalidad petulante, y podrán escribir bien con el tiempo.⁴⁴

Una reacción semejante había tenido lugar un año antes. El blanco es esta vez *El Iniciador*, periódico continuador de *La Moda*, fundado en Montevideo el 15 de abril de 1838 por Miguel Cané y el uruguayo Andrés Lamas, en el que colaboran, entre otros, Gutiérrez

⁴¹ A. Zinny, *Op. cit.*, pp. 378-379; A. Praderio, *Índice cronológico de la prensa periódica del Uruguay 1807-1852*, Montevideo, Instituto de Investigaciones Históricas, 1962, p. 76.

⁴² T. de Iriarte, *La tiranía de Rosas y el bloqueo francés. Memorias*, Buenos Aires, Ediciones Argentinas SIA, 1948, p. 122 (t. VI). El énfasis pertenece al original.

⁴³ T. de Iriarte, *Op. cit.*, p. 147.

⁴⁴ T. de Iriarte, *Op. cit.*, p. 185.

(desde Buenos Aires) y Alberdi.⁴⁵ En sus páginas se publica por primera vez el célebre *Dogma socialista de la Asociación de Mayo*, redactado por Esteban Echeverría, que sintetiza el credo político de la agrupación. En su *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, Echeverría recuerda las repercusiones en Montevideo de aquella publicación:

A la aparición del Dogma se gritó “*al cisma*”, “*a la rebelión*”, primero; después se acudió a la ironía y al sarcasmo en los salones, donde hicieron fortuna algunas pullas y epítetos lanzados contra la juventud. Ni una palabra de estímulo, de aprobación por sus nobles esfuerzos, salió para ella de entre los hombres que entonces tenían el cetro del pensamiento en el Plata. Eran unos locos, unos románticos; estaban los jóvenes desheredados del sentido común, porque se segregaban espontáneamente de la comunión de los *creyentes*; porque tenían más fe en su fuerza y su porvenir que en la restauración de cosas pasadas.⁴⁶

La labor periodística y propagandística de los intelectuales exiliados en Chile tampoco es muy bien vista, según anota Echeverría: “Allí también los tildaron de extranjeros, de románticos, y el sarcasmo irónico les mostró su ponzoñoso diente”.⁴⁷

Según se deduce de estos testimonios, el rótulo de *románticos* constituía un estigma aplicado a los jóvenes intelectuales de ideas progresistas por parte de sus adversarios, generalmente de mayor edad. El romanticismo aparece asociado a la idea de juventud y a la ignorancia, inexperiencia y entusiasmo ciego, rasgos vinculados tradicionalmente a esta etapa de la vida. En este caso, tanto los *viejos* como los jóvenes descalificados comparten una orientación política general: la oposición al gobierno de Rosas.

No obstante, no debemos establecer líneas divisorias tajantes entre generaciones biológicas ni asociaciones mecánicas entre renovación y juventud, por una parte, y atraso y vejez, por

⁴⁵ Para un estudio más profundo del tratamiento del clasicismo y del romanticismo en las páginas de *El Iniciador*, cfr. L. M. Martino, “Clasicismo y romanticismo en *El Iniciador*”, *Praesentia. Revista Venezolana de Estudios Clásicos* 13 (2012), disponible en <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/praesentia/article/view/4239/4026>.

⁴⁶ E. Echeverría, *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, E. Echeverría, *Dogma socialista y otras páginas políticas*, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1956, p. 41.

⁴⁷ E. Echeverría, *Op. cit.*, p. 55.

la otra. Florencio Varela, como vimos, pertenecía por edad a la generación de Alberdi, Gutiérrez y Echeverría, pero ideológica y estéticamente era representante de la generación anterior, la de los unitarios que habían combatido en las guerras de la independencia y habían sido funcionarios de los primeros gobiernos nacionales.⁴⁸ Por otra parte, el paso del tiempo puede producir la mutación de opiniones y convicciones y, muchas veces, hasta la adulteración de los recuerdos de juventud. Tal es el caso de Gutiérrez. Casi treinta años después de haber defendido la bandera romántica en aquella lejana correspondencia de 1834 mantenida con su amigo Florencio Varela, juzga de un modo bastante duro a sus correligionarios en el estudio que dedica en 1871 a la vida y obra de Juan Cruz Varela:

[*El Iniciador*] representaba en las dos márgenes del Plata, las intenciones sociales y literarias de los jóvenes conocidos entonces con el nombre de románticos. Distinguíales un sentimiento orgulloso de suficiencia, un gran desdén de los “viejos”, y es forzoso decirlo, una cultura literaria incompleta. Sus frecuentes pecados contra la disciplina literaria y contra los modelos de la antigüedad en bellas letras, eran mortales (...).⁴⁹

Las palabras de Gutiérrez se hacen eco, como vimos, de los reproches con que los adversarios pretendían restar autoridad a los “jóvenes románticos”. Pero su caso es muy particular, ya que él había tomado parte activa en el movimiento de su generación –tenía 29 años en 1838–, participando con una lectura en el Salón Literario de 1837⁵⁰ y desempeñándose como colaborador de *La Moda* e incluso de *El Iniciador*.

Jóvenes revoltosos y “muy aficionados a la literatura romántica”

La publicación del *Dogma socialista* provoca, naturalmente, además de las reacciones de cierto sector de la oposición a Rosas, la indignación de los intelectuales de Buenos Aires

⁴⁸ Florencio Varela “por su edad, pertenecía a la generación que él enfrentaba (...). “Por la voz, por la pluma de don Florencio hablaban los hombres que, en concepto de los jóvenes, habían cumplido ya su misión y debían ceder paso a una promoción renovadora” (Weinberg, *Op. cit.*, p. 76).

⁴⁹ J. M. Gutiérrez, *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan de la Cruz Varela*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1871, pp. 328-329.

⁵⁰ “Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros”, recogida por F. Weinberg en su valioso estudio sobre el Salón Literario (Weinberg, *Op. cit.*, pp. 145-157).

adictos al gobernador, al que se atacaba directamente en el texto. Pedro de Ángelis – periodista napolitano radicado en Buenos Aires e intelectual orgánico del gobierno– emite su opinión desfavorable sobre el texto de Echeverría en las páginas de *Archivo Americano*, la revista a su cargo. El artículo, titulado “Dogma socialista. Juicio sobre este libelo” (tomo IV, N° 32, 28 de enero de 1847) y publicado en tres idiomas (castellano, francés e inglés),⁵¹ brinda una caracterización de la Asociación de Mayo, muy divergente de la exaltada imagen que proyectara Echeverría:

El plantel de este club de revoltosos se componía de unos cuantos estudiantes de derecho, inquietos, presumidos, holgazanes, y muy aficionados a la literatura romántica. Sin más nociones que las que se adquieren en un aula, y solamente por haber leído las novelas de Hugo y los dramas de Dumas, se consideraban capaces de dar una nueva dirección a las ideas, a las costumbres, y hasta a los destinos de la patria. Con aquel tono dogmático, tan propio de la ignorancia, abordaban las cuestiones más arduas de la organización social, y las resolvían en el sentido opuesto a la razón, por que lo que más anhelaban era apartarse de las sendas conocidas. Esta era su mayor ambición y su deseo.⁵²

De Ángelis no emplea el calificativo *románticos* para designar a los jóvenes de la Asociación. Sólo los presenta como “muy aficionados a la literatura romántica”, pero de tal modo y en tal magnitud que recuerdan a Quijotes, trastornados en su juicio por la lectura de novelas, arrojados temerariamente a cambiar el mundo sin conocer su funcionamiento. Sin embargo, los diferencia del hidalgo manchego, quien pretendía reeditar el pasado, su pulsión hacia el futuro, su defensa snob de lo novedoso *per se*. En las palabras de De Ángelis se actualizan, por lo tanto, aquellas connotaciones del epíteto *romántico* – inexperiencia, ignorancia, falta de preparación– que les aplicaban también a estos jóvenes en la otra orilla del Plata.

En respuesta a las críticas al *Dogma socialista*, Echeverría escribe en 1847 dos “Cartas a don Pedro de Ángelis, editor del *Archivo Americano*”. En la primera de ellas traza una

⁵¹ A este artículo lo reproduce *La Gaceta Mercantil* en su número 6900, correspondiente al 3 de febrero de 1847 (P. De Angelis, *Asociación y defensa de Rosas*, Buenos Aires, La Facultad, 1946, p. 372).

⁵² P. de Angelis, *Op. cit.*, pp. 377-378.

biografía burlesca de De Ángelis, destacando su mediocridad, oportunismo y obsecuencia, al pasarse convenientemente a la corte del gobernador de Buenos Aires después de haber militado en su contra en el partido unitario. En el largo relato de la carrera profesional de De Ángelis, Echeverría inserta una digresión metatextual sumamente valiosa:

Por ese tiempo [la década de 1830], la palabra *Romántico*, recién llegada de España, empezó a circular en Buenos Aires con cierto sello de ridículo que le habían impreso los reaccionarios a la literatura nueva que invadía la Península. Para ellos, lo romántico era la exageración o la extravagancia en todo, en los trajes, en los escritos y en los modales. La palabra era peregrina, excelente, y la adoptaron al punto los *reaccionarios* tanto en Buenos Aires como en Montevideo, para tildar algunos estudiantes y algunas damas que se hacían notables por algo que chocaba a los hábitos de los reaccionarios (...). Dicen que a V., señor Editor, no se le caía de la boca (...). Entretanto, ni Vd., ni los reaccionarios, sabían que la palabra romántico había nacido en Alemania; que allí la popularizaron los hermanos Schlegel, como significando aquella literatura que surgió espontáneamente en Europa antes y después del *Renacimiento* (...).⁵³

Con espíritu didáctico y filológico, continúa exponiendo sintéticamente el motivo de tal denominación –la intención de diferenciarse de las literaturas griega y latina y sus imitadores– y su difusión por Francia, donde “posteriormente sirvió de bandera de emancipación del *Clasicismo* y de símbolo de una completa transformación de la literatura y del arte”.⁵⁴

De este modo, Echeverría dilucida con una claridad y lucidez los distintos empleos del término *romántico*: el estrictamente literario o técnico y el peyorativo. Al mismo tiempo, caracteriza también a los que dominan uno u otro empleo:

Pero algunos jóvenes argentinos, que sabían todo esto, se reían de la ignorancia de los burlones reaccionarios y de los que aplaudían sus irónicas pullas; se reían

⁵³ E. Echeverría, *Op. cit.*, pp. 201-202. La cursiva pertenece al original.

⁵⁴ E. Echeverría, *Op. cit.*, p. 202.

sobre todo de Vd., señor Editor, el más ilustre y testarudo de los *clasicones de entonces*.⁵⁵

Esta imagen articula una curiosa inversión: aquellos jóvenes inexpertos y “aficionados a la literatura romántica” son en realidad los que conocen el sentido recto y originario de la palabra *romántico*. Los “reaccionarios”, por su parte, son aquí los ignorantes, los que dominan sólo el sentido desviado del término, y así lo aplican despectivamente a sus adversarios. Echeverría aprovecha la oportunidad para devolver el golpe y la burla y develar las simpatías estéticas de los “reaccionarios”, quienes devienen ridiculizados como “clasicones”.

Conclusiones

El enfrentamiento entre clásicos y románticos reconoce un capítulo rioplatense, con peculiaridades propias dadas por los contenidos y posturas en disputa en el campo intelectual de la segunda mitad del siglo XIX. La batalla, que se libra sobre todo en la prensa, involucra descalificaciones y ataques personales de uno y otro lado. A los significados tradicionales de la disputa europea se añaden otros. La situación política contemporánea atraviesa las discusiones estéticas. Por otra parte, la gloriosa tradición independentista constituye un capital simbólico sujeto a continuas resignificaciones. Los héroes de la gesta de Mayo, que forjaron la emancipación política y participaron en los primeros intentos de organización nacional, profesan un credo clasicista. No obstante, son acusados de perpetuar los restos del pasado colonial hispánico. La generación siguiente se proclama continuadora de la tradición independentista, pero se distancia de la estética neoclásica, aunque algunos no se atreven a rechazarla de plano y adoptan actitudes tibias. Al mismo tiempo, su relación con el romanticismo es ambigua. Oscilan entre el rechazo y la defensa cuando lo sienten atacado; reconocen su influencia o se distancian de sus ideas y abjuran con vergüenza de un pasado, al parecer, pecaminoso. Las posturas de unos y otros, en definitiva, son relativas y adquieren su específica significación sólo cuando entran en confrontación. La disputa, en cierta forma, es lo que los define y constituye.

⁵⁵ E. Echeverría, *Op. cit.*, p. 203.

Bibliografía

- J. B. Alberdi, “Juan María Gutiérrez”, J. B. Alberdi, *Escritos Póstumos. 1898. Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas de Sudamérica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, pp. 9-80 (t. VI).
- J. B. Alberdi, *Palabras de un ausente y otros escritos íntimos*, Buenos Aires, Emecé, 2010.
- P. de Ángelis, *Asociación y defensa de Rosas*, Buenos Aires, La Facultad, 1946.
- M. A. Castro, “Sátira contra los excesos del Romanticismo: Histrionismo, suicidio y fatalidad en Bretón de los Herreros, Mesonero Romanos y Leonardo Alenza”, *Hispania* 91, 4 (2008), pp. 785-793.
- E. Echeverría, *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, E. Echeverría, *Dogma socialista y otras páginas políticas*, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1956.
- J. M. Gutiérrez, *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan de la Cruz Varela*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1871.
- G. Highet, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954 (t. 1).
- T. de Iriarte, *La tiranía de Rosas y el bloqueo francés, Memorias*, Buenos Aires, Ediciones Argentinas SIA, 1948, (t. VI).
- W. Katra, *La generación de 1837. Los hombres que hicieron el país*, Buenos Aires, Emecé, 2000.
- La Moda, Gacetín Semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres*, reimpresión facsimilar, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia – Kraft, 1938.
- M. R. Lojo, “Alberdi el paradójico”, R. J. de Titto (comp.), *El pensamiento de Juan Bautista Alberdi*, Buenos Aires, El Ateneo, pp. 9-22.

- L. M. Martino, “La *Querelle des Anciens et des Modernes* en el Río de la Plata”, *Praesentia. Revista Venezolana de Estudios Clásicos* 12 (2011), disponible en <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/praesentia/article/view/3408.html>.
- L. M. Martino, “Clasicismo y romanticismo en *El Iniciador*”, *Praesentia. Revista Venezolana de Estudios Clásicos* 13 (2012), disponible en <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/praesentia/article/view/4239/4026>.
- L. M. Martino, ¿“*Guerra de los diarios*” o “*rencillas de escuela*”? *Crónica de una polémica en la prensa uruguaya de 1840*, *Cuadernos Artesanos de Latina* 31, La Laguna, Tenerife, Sociedad Latina de Comunicación Social de la Universidad de La Laguna, 2012.
- J. M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, Biblioteca de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, 1973 (t. 1).
- R. J. Moglia, M. O. García (eds.), *Archivo del doctor Juan María Gutierrez. Epistolario*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1979 (t. I).
- B. Nahum, *Manual de historia uruguaya 1830-1903*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1993.
- R. Navas Ruiz, *El Romanticismo español*, Madrid, Cátedra, 1990.
- A. Palcos, *Historia de Echeverría*, Buenos Aires, Emecé, 1960.
- M. A. Pelliza, *Alberdi. Su vida y sus escritos*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1874.
- A. Praderio, *Índice cronológico de la prensa periódica del Uruguay 1807-1852*, Montevideo, Instituto de Investigaciones Históricas, 1962.
- J. L. Romero, *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1971.
- E. Rubio Cremades, *Periodismo y literatura: Ramón de Mesonero Romanos y El Semanario Pintoresco Español*, Diputació d’Alacant, Institut de Cultura Juan Gil-Albert, Generalitat Valenciana, Conselleria d’Educació i Ciència, 1995.

- J. E. Sabor, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina. Ensayo biobibliográfico*, Buenos aires, Solar, 1995.
- M. Schurmann Pacheco, M. L. Coolighan Sanguinetti, *Historia del Uruguay. La República. Desde 1829 hasta los albores del siglo XXI. Integración, Hidrovía y Mercosur*, Montevideo, Ediciones Monteverde, 1996.
- M. Ternavasio, *Historia de la Argentina, 1806-1852*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2009.
- F. Weinberg, *El Salón Literario de 1837. Con escritos de M. Sastre – J. B. Alberdi – J. M. Gutiérrez – E. Echeverría*, Buenos Aires, Hachette, 1977.
- A. Zinny, *Historia de la prensa periódica de la República Oriental del Uruguay 1807-1852*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1883.